

Laetitia Colombani

# LA TRENZA

Traducción del francés de  
José Antonio Soriano

 narrativa  
salamandra

Título original: *La tresse*

Ilustración de la cubierta: Hauptmann & Kompanie Werbeagentur, Zürich

*Copyright* © Éditions Grasset & Fasquelle, 2017  
*Copyright de la edición en castellano* © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-880-0  
Depósito legal: B-17.111-2018

1ª edición, agosto de 2018  
*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*Para Olivia*

*Para las mujeres valientes*



**Trenza** f. Conjunto de tres mechones o tres cabos que se cruzan alternativamente, entretejiéndolos.



... Simone, hay un gran misterio en el bosque de tu pelo.

RÉMY DE GOURMONT

Una mujer libre es justo lo contrario de una mujer fácil.

SIMONE DE BEAUVOIR





## Prólogo

*Aquí comienza la historia.  
Una historia que es siempre nueva  
y cobra vida entre mis dedos.*

*Lo primero es el bastidor;  
la base, que debe ser lo bastante fuerte para  
sujetarlo todo.  
Seda o algodón, para la vida o los escenarios;  
depende.  
El algodón es más resistente.  
La seda, más fina y discreta.  
Hacen falta martillo y clavos.  
Y sobre todo trabajar con delicadeza.*

*Luego, ya se puede tejer.  
Es la parte que prefiero.  
En el telar, ante mí,  
tres hilos de nailon, tensos.  
Se cogen de tres en tres las hebras del haz,  
se entrelazan sin romperlas  
y se vuelve a empezar, una vez y otra vez más.*

*Me gustan esas horas solitarias en que mis diez  
dedos danzan.*

*Qué extraño ballet, el de mis manos,  
mientras escriben la historia de una trenza y unos  
lazos.*

*Esta historia que es la mía.*

*Y, sin embargo, no me pertenece.*

## Smita

*Badlapur, Uttar Pradesh, India*

Smita se despierta con una sensación extraña, una urgencia tierna, una mariposa en el estómago desconocida para ella. Hoy es un día que recordará toda su vida. Hoy su hija empieza la escuela.

Smita nunca ha pisado una. Allí, en Badlapur, la gente como ella no va a la escuela. Smita es una *dalit*, una intocable. Una «hija de Dios», en palabras de Gandhi. Alguien al margen de las castas, al margen del sistema, al margen de todo. Un grupo aparte, considerado demasiado impuro para relacionarse con los demás, escoria inmundada a la que hay que apartar, como se aparta el grano de la paja. Se cuentan por millones quienes, como Smita, viven fuera de las poblaciones y de la sociedad, en la periferia de la humanidad.

Todas las mañanas el mismo ritual, como un disco rayado que repite hasta el infinito una música infernal: Smita se despierta en la choza que le sirve de hogar, junto a los campos cultivados por los *jats*. Se lava la cara

y los pies con el agua que sacó la tarde anterior del pozo que les está reservado. El otro, el de las castas superiores, no se plantea ni tocarlo, aunque esté cerca y sea más accesible. Algunos han muerto por menos que eso. Se viste, peina a Lalita y le da un beso a Nagarajan. Luego, coge el cesto de juncos trenzados, el mismo que usaba su madre antes que ella y que le revuelve el estómago sólo con verlo, un cesto con un olor persistente, acre e imborrable, que Smita lleva todo el día como quien carga una cruz o un lastre vergonzoso. Ese cesto es su calvario. Una maldición. Un castigo. Tiene que expiar algo, pagar por algo que debió de hacer en una vida anterior. Después de todo, como decía su madre, esta vida no tiene más importancia que las anteriores, ni que las siguientes, sólo es una vida más. Es así, es la suya.

Es su *dharma*, su deber, su lugar en el mundo. Un oficio que se transmite de madre a hija desde hace generaciones: *scavenger*, una palabra que en inglés designa a aquellos que hurgan en los desechos. Un nombre aséptico para una realidad que no lo es en absoluto. No hay palabras para describir lo que hace Smita. Se pasa el día recogiendo la mierda de los demás con las manos desnudas. Cuando su madre la hizo acompañarla por primera vez, ella tenía seis años, los mismos que Lalita ahora. Fíjate y luego lo haces tú. Smita recuerda el olor, que la asaltó con la misma violencia que un enjambre de avispas, un olor insoportable, inhumano. Vomitó al borde del camino. Ya te acostumbrarás, le dijo su madre. Mentira. Una no se acostumbra. Smita aprendió a aguantar la respiración, a vivir en apnea. Hay que respirar, le dijo el médico del pueblo, mire cómo tose. Hay

que comer. Smita perdió el apetito hace mucho tiempo. Ya no se acuerda de lo que es tener hambre. Come poco, lo estrictamente necesario, el puñado diario de arroz hervido que le impone a su cuerpo reacio.

Y eso que el gobierno prometió inodoros para la región. Pero por desgracia allí no han llegado. Como en tantos otros sitios, en Badlapur se defeca al aire libre. El suelo está sembrado de excrementos; los arroyos, los ríos y los campos, contaminados por toneladas de heces. Las enfermedades se propagan por ellos como una chispa en un reguero de pólvora. Los políticos lo saben: antes que reformas, antes que igualdad social, antes incluso que trabajo, lo que pide el pueblo son retretes. El derecho a defecar con dignidad. En los pueblos, las mujeres se ven obligadas a esperar la caída de la noche para ir al campo, arriesgándose a agresiones de todo tipo. Los más afortunados se han hecho un sitio en el patio o dentro de casa, un simple agujero en el suelo al que llaman púdicamente «retrete seco», las letrinas que las mujeres *dalit* van a vaciar a diario con las manos desnudas. Mujeres como Smita.

Su ronda empieza hacia las siete de la mañana. Smita coge el cesto y la escobilla de juncos. No puede perder el tiempo, sabe que tiene que vaciar veinte casas todos los días. Camina por el arcén de la carretera con la mirada baja y la cara oculta tras un pañuelo. En algunos pueblos, los *dalit* tienen que identificarse llevando una pluma de cuervo. En otros están obligados a caminar descalzos: todos conocen la historia del intocable al que lapidaron por el simple hecho de calzarse unas sanda-

lias. Smita entra en las casas por la puerta de atrás, que le está reservada; no debe encontrarse con sus moradores y menos aún hablarles. Además de intocable, ha de ser invisible. Por todo salario le dan las sobras de la comida y, en ocasiones, ropa vieja que le arrojan al suelo. Nada de tocar, nada de mirar.

A veces no le dan absolutamente nada. Hay una familia *jat* de la que hace meses que no recibe nada. Smita quiso dejar de ir. Una noche se lo dijo a Nagarajan: no volvería, que se limpiaran la mierda ellos mismos. Pero Nagarajan se asustó. No tienen tierra propia; si Smita dejaba de ir, los echarían. Los *jat* irían y les quemarían la choza. Smita sabe de lo que son capaces. «Te cortaremos las piernas», le dijeron a otro intocable. El hombre apareció en el campo de al lado, descuartizado y quemado con ácido.

Sí, Smita sabe de lo que son capaces los *jat*.

Así que al día siguiente volvió.

Pero esta mañana no es una más. Smita ha tomado una decisión, que se le impuso como una evidencia: su hija iría a la escuela. Le costó convencer a Nagarajan. ¿Para qué?, le preguntó él. Puede que aprenda a leer y escribir, pero aquí nadie le dará trabajo. Si naces para limpiar letrinas, seguirás haciéndolo hasta que te mueras. Es una herencia, un círculo del que nadie puede escapar. Un karma.

Smita no se rindió. Volvió a la carga al día siguiente, y al otro, y al otro. Se niega a llevarse a Lalita con ella a

hacer la ronda. No le enseñará a vaciar letrinas, no verá a su hija vomitando en la cuneta, como su madre la vio a ella. No, se niega. Lalita tiene que ir a la escuela. Ante su firmeza, Nagarajan acaba cediendo. Conoce a su mujer: tiene una voluntad de hierro. La morena y menuda *dalit* con la que se casó hace diez años es más fuerte que él, y Nagarajan lo sabe. Así que acaba cediendo. Está bien. Irá a la escuela del pueblo y hablará con el brahmán.

Ante su victoria, Smita sonrió para sí misma. Cuánto le habría gustado que su madre luchara por ella, cruzar la puerta de la escuela, sentarse con los demás niños... Aprender a leer y a contar. Pero no pudo ser, su padre no era un hombre bueno, como Nagarajan, sino uno iracundo y violento. Golpeaba a su mujer, como hacen todos allí. «Una mujer —solía decirle— no es la igual de su marido: le pertenece.» Es su propiedad, su esclava. Tiene que someterse a su voluntad. Indudablemente su padre habría salvado a su vaca antes que a su mujer.

Pero ella tiene suerte. Nagarajan nunca le ha pegado ni insultado. Cuando nació Lalita, incluso aceptó quedársela. No muy lejos de allí matan a las recién nacidas. En los pueblos del Rajastán las entierran vivas en una caja, bajo la arena, nada más nacer. Las niñas tardan una noche en morir.

Allí no. Smita mira a Lalita, que está de cuclillas en el suelo de tierra batida, peinando a su única muñeca. Su hija es hermosa. Tiene los rasgos delicados y el pelo

largo hasta la cintura. Smita se lo desenreda y se lo trenza todas las mañanas.

    Mi hija sabrá leer y escribir, se dice, y la idea la llena de alegría.

    Sí, ése es un día que recordará toda su vida.



## Giulia

*Palermo, Sicilia*

¡Giulia!

Giulia abre los ojos con esfuerzo. La voz de su madre resuena en el piso de abajo.

¡Giulia!  
*Scendi!*  
*Subito!*

A Giulia le dan ganas de esconder la cabeza bajo la almohada. Apenas ha dormido: ha vuelto a pasarse la noche leyendo. Pero sabe que tiene que levantarse. Cuando su madre llama, hay que obedecer: es una madre siciliana.

¡Giulia!

Se incorpora en la cama a regañadientes. Se levanta, se viste a toda prisa y baja a la cocina, donde la

*mamma* estaba empezando a impacientarse. Su hermana Adela ya está allí, concentrada en pintarse las uñas de los pies sobre la mesa de la cocina. Al oler el disolvente, Giulia hace una mueca. Su madre le sirve una taza de café.

Tu padre se ha ido.  
Esta mañana abres tú.

Giulia coge las llaves del taller y se marcha precipitadamente.

¡No has comido nada!  
¡Llévate algo!

Giulia hace oídos sordos, se sube a la bicicleta y se aleja a grandes pedaladas. El fresco de la mañana la espabila un poco. En las avenidas, el viento le azota el rostro y los ojos. Al acercarse al mercado, el olor de los cítricos y las aceitunas le irrita las fosas nasales. Giulia pasa ante el puesto del pescadero, que exhibe sardinas y anguilas recién pescadas. Acelera, sube a la acera y deja atrás la piazza Ballaro, donde los vendedores ambulantes reclaman ya la atención de los clientes.

Llega a un callejón que sale de la via Roma. Allí es donde su padre tiene el taller, en el antiguo cine cuyas paredes compró hace veinte años, los que tiene Giulia. El local anterior se le había quedado pequeño, había que ampliar. En la fachada aún puede distinguirse el lugar donde se colgaban los carteles de las películas. Qué lejos quedan los tiempos en que los *palermitani* hacían cola

para ver las comedias de Alberto Sordi, Vittorio Gassman, Nino Manfredi, Ugo Tognazzi o Marcello Mastroianni. Hoy la mayoría de las salas han cerrado, como ese pequeño cine de barrio reconvertido en taller. Hubo que transformar la sala de proyección en despacho y abrir ventanas en el patio de butacas para que las trabajadoras tuvieran suficiente luz. Todas las obras las hizo su propio *papà*. El taller se le parece, piensa Giulia: es caótico y cálido, como él. Pese a sus famosos prontos, Pietro Lanfredi es apreciado y respetado por sus empleadas. Es un padre cariñoso, aunque exigente y autoritario, que ha enseñado a sus hijas el respeto por la disciplina y les ha transmitido el gusto por el trabajo bien hecho.

Giulia saca la llave y abre la puerta. Habitualmente su padre es el primero en llegar. Le gusta recibir a las trabajadoras. «Ser el *padrone* es eso», suele decir. Siempre tiene una palabra para ésta, una atención para aquélla y un gesto para todas. Pero hoy ha ido a hacer la ronda por las peluquerías de Palermo y sus alrededores. No llegará hasta el mediodía. Esta mañana Giulia es el ama.

A esta hora todo está tranquilo. El taller no tardará en llenarse de conversaciones, canciones y gritos, pero ahora no hay más que silencio y el eco de sus propios pasos. Llega al vestuario de las trabajadoras y deja sus cosas en la taquilla que lleva su nombre. Coge su bata y, como cada día, se mete en esa segunda piel. Se recoge el pelo y lo enrolla en un moño apretado, que sujeta hábilmente con unas horquillas. Luego se cubre la ca-

beza con un pañuelo, una precaución que allí es ineludible: los cabellos de las trabajadoras no pueden mezclarse con los que se tratan en el taller. Vestida y tocada de esa guisa, ya no es la hija del dueño, sino una trabajadora más, una empleada de la casa Lanfredi. Y eso es lo que quiere. Siempre se ha negado a tener privilegios.

La puerta de la entrada se abre con un chirrido y un grupo alegre invade el lugar. En un instante, el taller cobra vida, se convierte en el sitio ruidoso que tanto le gusta a Giulia. En medio de un confuso guirigay de conversaciones entremezcladas, las trabajadoras se dirigen al vestuario, donde, sin dejar de charlar, se ponen la bata y el delantal, antes de incorporarse a su puesto. Giulia se une a ellas. Agnese parece cansada: a su hijo pequeño le están saliendo los dientes y ella no ha podido pegar ojo en toda la noche. Federica contiene las lágrimas: la ha dejado el novio. ¿Otra vez?!, exclama Alda. Mañana volverá, le asegura Paola. Allí las mujeres comparten algo más que un trabajo. Mientras sus manos se afanan sobre los cabellos que hay que tratar, hablan de los hombres, de la vida, del amor, durante toda la jornada. Todas saben que el marido de Gina bebe, que el hijo de Alda coquetea con la *Piovra*, que Alessia tuvo una breve relación con el ex marido de Rhina, que ésta nunca se lo ha perdonado.

A Giulia le gusta estar en compañía de esas mujeres, algunas de las cuales la conocen desde que era niña. Casi nació allí. Su madre suele contar que empezó a notar las contracciones mientras separaba mechones en la sala principal (donde ya no trabaja debido a su mala visión:

tuvo que cederle el puesto a una empleada con una vista más aguda). Giulia creció allí, entre cabellos que desenredar, mechones que lavar y pedidos que enviar. Recuerda las vacaciones y los miércoles que pasaba entre las empleadas, viéndolas trabajar. Le gustaba observar sus manos, afanadas como un ejército de hormigas. Las veía lanzar los cabellos a las cardas, esos grandes peines cuadrados, para separarlos, y después lavarlos en una bañera colocada sobre caballetes, un ingenioso invento de su padre, al que no le gustaba ver a sus trabajadoras destrozarse la espalda. A Giulia le hacía gracia que colgaran los mechones en las ventanas para que se secaran; eran como una exposición curiosa de cueros cabelludos, el botín de una tribu de pieles rojas.

A veces tiene la impresión de que allí dentro el tiempo se ha detenido. Fuera sigue su curso, pero entre esas cuatro paredes, Giulia se siente protegida. Es una sensación agradable, tranquilizadora, la certeza de una extraña permanencia de las cosas.

Hace ya casi un siglo que su familia vive de la *casatura*, ese antiguo oficio siciliano que consiste en aprovechar el pelo que se corta o cae de forma espontánea para hacer pelucas y postizos. El taller Lanfredi, fundado en 1926 por el bisabuelo de Giulia, es el último de su género en Palermo. Emplea a una decena de obreras especializadas, que seleccionan, lavan y trabajan los mechones de pelo que luego se envían a Italia y al resto de Europa. El día que cumplió dieciséis años, Giulia decidió dejar el instituto y ponerse a trabajar en el taller de su padre. Alumna dotada, según sus profesores, en par-

ticular según el de italiano, que le insistía en que continuara formándose, habría podido entrar en la universidad y estudiar una carrera. Pero cambiar de camino era algo impensable para Giulia. Entre los Lanfredi, el cabello, más que un negocio, es una pasión que se transmite de una generación a otra. Curiosamente, sus hermanas nunca mostraron el mismo interés, así que ella es la única Lanfredi que se dedica al oficio. Francesca, que se casó joven y ya tiene cuatro hijos, no trabaja, y Adela, la pequeña, aún va al instituto, pero quiere dedicarse al mundo de la moda y la pasarela: cualquier cosa antes que seguir los pasos de sus padres.

Para los encargos especiales y los colores difíciles de conseguir, el *papà* tiene un secreto: una fórmula que heredó de su padre y éste del suyo, elaborada a partir de productos naturales, que Pietro Lanfredi nunca desvela. Esa fórmula se la ha transmitido a Giulia. A veces se lleva a su hija a la azotea, donde tiene su «laboratorio», como él lo llama. Desde allí arriba se puede ver el mar y, al otro lado, el monte Pellegrino. Enfundado en una bata blanca que le da el aspecto de profesor de química, Pietro Lanfredi pone a hervir agua en grandes cubos, donde efectúa los retoques: sabe cómo decolorar el cabello y volver a teñirlo sin que el color se pierda en el lavado. Giulia lo observa durante horas, atenta al más mínimo de sus movimientos. Su padre vigila el pelo como la *mamma* la pasta. Lo remueve con la ayuda de una cuchara de madera, lo deja reposar un rato y después vuelve a la carga, incansable. En el cuidado con que lo trata se mezclan la paciencia y la escrupulosidad, pero también el cariño. Suele decir que algún día alguien lle-

vará esos cabellos y que por lo tanto merecen el mayor respeto. A veces Giulia trata de imaginarse a las mujeres para las que se elaboran las pelucas (porque allí los hombres, demasiado orgullosos y aferrados a cierta idea de virilidad, se muestran reticentes a llevar postizos).

Por razones que nadie sabe, algunos cabellos se resisten a la fórmula secreta de los Lanfredi. La mayoría salen de los cubos en los que se los ha sumergido con un color blanco lechoso, lo que permite teñirlos a continuación, pero un número reducido de ellos conserva su tono original. Esos pocos rebeldes constituyen un auténtico problema: es del todo inconcebible que un cliente encuentre esos recalcitrantes cabellos negros o castaños en medio de un mechón teñido con esmero. Gracias a su agudeza visual, Giulia es la encargada de esa tarea tan delicada: tiene que examinar los cabellos uno a uno para eliminar los incorregibles. Su trabajo diario es una auténtica caza de brujas, una batida exhaustiva y sin tregua.

La voz de Paola la saca de su ensimismamiento.

Pareces cansada, *mia cara...*

Has vuelto a pasarte la noche leyendo...

Giulia no lo niega. A Paola no se le puede ocultar nada. Esa señora mayor es la decana de las trabajadoras del taller. Allí todas la llaman la *nonna*. Conoce al padre de Giulia desde que era niño; suele decir que le ataba los zapatos. Con la perspectiva de sus setenta y cinco años, lo ve todo. Tiene las manos arrugadas y la tez apergaminada, pero sus ojos siguen siendo penetrantes. Viuda

a los veinticinco años, se negó a casarse de nuevo y crió sola a sus cuatro hijos. Cuando le preguntan el porqué, contesta que le gusta demasiado su libertad: «Una mujer casada tiene que rendir cuentas —suele decir—. Tú haz lo que te apetezca, *mia cara*, pero sobre todo no te cases», le repite a Giulia. Le gusta hablar de su noviazgo con el hombre que su padre había elegido para ella. La familia de su futuro marido cultivaba limones. La *nonna* tuvo que trabajar recogéndolos incluso el día de su boda. En el campo no se podía parar. Recuerda el olor a limón que despedían permanentemente la ropa y las manos de su marido. Cuando, años después, murió de una neumonía y la dejó sola con cuatro hijos, ella tuvo que irse a la ciudad a buscar trabajo. Allí conoció al abuelo de Giulia, que la contrató para el taller. Y ya hace cinco décadas que trabaja en él.

¡En los libros no encontrarás marido!, bromea Alda.

¡No la incordies con eso!, gruñe la *nonna*.

Pero Giulia no busca marido. No va a los bares ni a las salas de baile, a las que tan aficionada es la gente de su edad. Mi hija es un poco arisca, suele decir la *mamma*. Giulia prefiere el agradable silencio de la *biblioteca comunale* al bullicio de las discotecas. Va allí todos los días a la hora de comer. Es una lectora voraz, le encanta el ambiente de las grandes salas con las paredes cubiertas de libros, en las que sólo se oye el roce de las hojas. Le parece que eso tiene algo de religioso, un recogimiento casi místico que le gusta. Cuando lee no siente el paso del tiempo. De niña devoraba las novelas de Emilio



Salgari sentada a los pies de las trabajadoras. Más tarde descubrió la poesía. Le gusta más Caproni que Ungaretti, la prosa de Moravia y, sobre todo, la obra de Pavese, su autor de cabecera. Dice que podría pasarse la vida en su única compañía. A veces se olvida incluso de comer. No es raro que vuelva de la pausa para el almuerzo con el estómago vacío. Es así: Giulia devora los libros como otros los *cannoli*.

Este mediodía, cuando regresa al taller, en la sala principal hay un silencio inusual. Cuando entra, todas las miradas se vuelven hacia ella.

*Cara mia*, le dice la *nonna* con una voz que Giulia no reconoce, tu madre acaba de llamar...

Al *papà* le ha pasado algo.